

Fue una feliz síntesis
de nuestra cultural tradicional.



Violeta Parra

(1917-1967)

Violeta Parra fue una feliz síntesis de nuestra cultural tradicional. Sin su aporte, da la impresión de que los chilenos permaneceríamos aún hoy ignorantes de lo más significativo de esa tradición, pues si bien ha habido buenos investigadores de nuestro folclore, sus trabajos rara vez han trascendido del ámbito académico al conocimiento masivo. Era necesario que una voz cantante de gran capacidad de convocatoria e inspiración entregara todo ese legado a la gente de este país.

Es así como supimos que, sin habernos dado cuenta, teníamos al alcance de la mano a los cantores “a lo poeta”, “a lo divino” y “a lo humano”; que en la región de Salamanca podían oírse las melodías más antiguas heredadas de los tiempos coloniales; que en Chiloé había un repertorio vastísimo de baladas, es decir, canciones de danza; y que en la región de Concepción había un hermoso y variado cancionero que incluía hasta “alabanzas al Señor” y cuecas de entonación y letra más suave y sentimental.

Su obra se desarrolló, por una parte, en la doble vertiente de la investigación y difusión, y por otra en la creación de su propio repertorio de cantautora. Recorrió el país de norte a sur, recogiendo el folclore

poético musical de boca del pueblo, y viajó por el mundo con su guitarra, cantando sus propias canciones. Su estilo evolucionó desde las formas tradicionales de la tonada y la canción hacia su estilo personal, de una originalidad que no tiene igual en el mundo moderno, estilo que se formó en el trayecto que va de “La jardinera” a “Gracias a la vida” y que en las entonaciones del “Canto a lo poeta” halló un ingrediente considerable.

Su fuerte personalidad, su capacidad de emprendimiento y el amor a la cultura popular de Chile, hicieron posible que en todas las ciudades importantes que visitó en Europa haya tenido siempre un auditorio numeroso y lleno de admiración por su arte y su persona. Así fue también cómo sus pinturas y arpilleras fueron vistas en importantes salas de exposición del Viejo Mundo, incluso en el Museo del Louvre de París, y tantas empresas editoras de discos extranjeros hayan grabado la casi totalidad de su repertorio personal y folclórico.

Violeta vivió en una dimensión mundial, como Pablo Neruda. Pero sus éxitos en ese sentido nunca le hicieron olvidar que ella se debía a su pueblo. Por eso los brillantes escenarios europeos no pudieron impedir que volviera a Chile a entregar su arte en una

simple carpa, en La Reina, en la que actuaba junto a sus discípulos predilectos: Héctor Pavez y Gabriela Pizarro.

POR ENCIMA DE TODO, JESUCRISTO

La riqueza de su vida se percibe en esa brillante y accidentada trayectoria, pero sobre todo en su incomparable autobiografía en décimas, pues ella sabía que ese talento que Dios le había dado era lo que le había permitido vivir una experiencia del mundo que muy pocos han tenido.

Es interesante saber que, no obstante su militancia política en un partido que calificaba a la religión como “opio del pueblo”, ella siempre puso por encima de todo a Jesucristo. De ahí su enfática declaración: “A mi Cristo no me lo saca nadie del corazón; así sea el mismo Comité Central”, dicha en presencia del suscrito. Así, su solidaridad con los explotados, los humillados y discriminados no era solo revolucionaria en el sentido político, sino que tenía un fuerte fundamento evangélico. Por eso también es que junto al trovador que en ella había, estaba el combatiente y el mensajero.

Gastón Soublette